

POR QUÉ NECESITAMOS LA NATURALEZA

por David Bradshaw

Este ensayo es parte de una serie derivada del proyecto de investigación en curso “La identidad ortodoxa oriental contemporánea y los desafíos del pluralismo y la diversidad sexual en una era secular”, que es una empresa conjunta de académicos del Centro de Estudios Cristianos Ortodoxos de la Universidad de Fordham y la Universidad de Exeter, financiado por el British Council, Friends of the British Council y la Fundación Henry Luce como parte del programa “Bridging Voices” del British Council. En agosto de 2019, 55 académicos se reunieron para una conferencia internacional en la Casa de San Esteban, Oxford. Estos ensayos son resúmenes de presentaciones dadas en preparación para la conferencia y durante la misma. Juntos reflejan la genuina diversidad de opiniones que estuvo representada en la conferencia y dan testimonio de la necesidad de una mayor reflexión y diálogo sobre estos temas complejos y controvertidos.



Aquí hay un pequeño experimento mental. Supongamos que se inventa una pastilla que te permite comer lo que quieras sin engordar. Es barato, no requiere receta médica y no tiene efectos secundarios negativos. En buena medida, supongamos que también mantiene el tono muscular, por lo que te permite mantenerte en forma sin necesidad de hacer ejercicio.

¿Tomarías la pastilla?

Si respondió que sí y es ortodoxo, le insto a que lo piense de nuevo. Seguramente nada es más antitético a la enseñanza espiritual y ascética ortodoxa que pensar que podemos descargar el problema de mantener la autodisciplina en una píldora. En todo caso, la ortodoxia *agrega* desafíos difíciles que no son físicamente necesarios. Nos “afligimos” con ayunos, vigiliias y largas oraciones de maneras que son decididamente contrarias al espíritu del mundo que nos rodea. Lo hacemos porque reconocemos que un espíritu de abnegación es esencial para la vida espiritual. Si no podemos renunciar a un poco de comida por causa de Cristo, es probable que no podamos vencer las tentaciones más sutiles que nos sobrevienen todos los días.

Aquí hay otro experimento mental. Supongamos (como es probable que suceda en un futuro no muy lejano) que los sexbots se perfeccionan. Se mueven, sienten e incluso saben a cuerpos humanos. Pronuncian los sonidos correctos, emiten las secreciones correctas y hacen los movimientos correctos para producir el máximo placer sexual. Incluso pueden mantener una conversación y compartir un cigarrillo después, si ese es su gusto.

Te sientes solo, no tienes compromisos y hace tiempo que no tienes sexo. ¿Usarías un sexbot?

Confío en que es obvio cuál debería ser la respuesta. Para un ortodoxo, el sexo nunca debe ser simplemente una cuestión de lograr la gratificación por cualquier medio que sea conveniente. El sexo pertenece al matrimonio y tiene un propósito que está profundamente ligado a los bienes del matrimonio. Usar un sexbot sería un acto de masturbación glorificado, pero mucho más peligroso que la masturbación ordinaria porque imita mucho la realidad. Aparte de la mala dirección del acto en sí, sería tentador, y tal vez incluso un hábito, de una manera que podría destruir la capacidad de uno para una relación real.

Estos ejemplos plantean la cuestión del lugar del cuerpo en nuestra vida moral. ¿Es el cuerpo algo más que una máquina para producir experiencias? Si no es así, podemos drogarlo, manipularlo y mejorarlo según sea necesario para producir las experiencias que queremos. Los únicos límites son tecnológicos. Uno puede imaginarse un día en que incluso los sexbots parezcan anticuados. ¿Por qué no insertar un chip en la médula espinal que simplemente produzca cualquier sensación placentera que uno desee con solo presionar un botón? Uno podría controlarlo desde su teléfono celular, o el futuro equivalente del mismo, y disfrutar de los placeres que elija mientras está en el metro camino al trabajo.

La ortodoxia no piensa en el cuerpo de esta manera. Para nosotros, el cuerpo es nuestro colaborador en la salvación. No pensamos en nuestros deseos e inclinaciones existentes simplemente como datos que buscamos gratificar, sino como materia prima que debe ser transformada y redirigida para acercarnos a Dios. El cuerpo es parte integral de ese proceso, por lo que ayunamos y permanecemos en vigilia. También besamos íconos, encendemos velas, hacemos la Cruz, cantamos, nos postramos, caminamos en procesión, recibimos la unción y, sobre todo, participamos de la Sagrada Eucaristía. Todas estas son formas en que incorporamos el cuerpo en nuestro viaje de salvación. Son acciones que expresan y buscan promover esa redirección del deseo que es esencial para cualquier relación viva con Dios. En última instancia, esperamos el día en que el cuerpo resucitará y compartirá, en su estado glorificado, la salvación eterna.

Debido a que vemos el cuerpo de esta manera, también buscamos respetar la integridad del cuerpo y las conexiones profundas que existen entre sus diversos niveles de estructura y función. Parte del problema con la píldora imaginada anteriormente es que corta el vínculo entre el acto de comer y sus consecuencias físicas normales. Como ortodoxos, creemos que estas consecuencias no son meramente accidentales, sino que son parte de la estructura que nos ha dado el Creador para ayudarnos a aprender, entre otras cosas, el valor del autocontrol. Del mismo modo, parte del problema con los sexbots es que desconectan los elementos normales de hacer el amor de su hogar natural dentro de la expresión corporal de amor por otra persona. Elimina a la otra persona y se convierte en una caricatura de su verdadero ser.

La palabra que tradicionalmente se ha utilizado para identificar esta integridad de la estructura y función corporal es *naturaleza*. En particular, cuando en fuentes antiguas se dice que un acto es “conforme a la naturaleza” o “contrario a la naturaleza”, este suele ser el sentido que se le da a entender. Usar cualquiera de los dispositivos que he mencionado (la píldora antigordura, los sexbots, el chip en la médula espinal) sería antinatural en este sentido. Pero no necesitamos limitarnos a escenarios imaginarios, ya que otras prácticas que han existido durante mucho tiempo también son antinaturales, como el canibalismo, la bestialidad y la mutilación genital.

Discernir lo que es natural en este sentido no siempre es fácil. Las personas a menudo han sacado conclusiones injustificadas, utilizando este término para validar lo que (en retrospectiva) podemos ver que han sido simplemente sus propios prejuicios. Debemos tener cuidado con tales errores. Sin embargo, no invalidan el concepto mismo de naturaleza, no más de lo que, digamos, los llamamientos a la democracia para apoyar el gobierno de la mafia invalidan el concepto de democracia.

Cuando tengamos dudas sobre lo que es natural, el lugar apropiado para buscar orientación es la Escritura y la tradición de la Iglesia. Lo que estos tienen que decir sobre las relaciones homosexuales es bien conocido. Aquí

espero simplemente haber dado un marco para comprender lo que significan estas enseñanzas y cómo encajan en el resto de nuestra vida moral y espiritual.

David Bradshaw es profesor de Filosofía en la Universidad de Kentucky.

Ortodoxia pública busca promover la conversación proporcionando un foro para diversas perspectivas sobre temas contemporáneos relacionados con el cristianismo ortodoxo. Las posiciones expresadas en este ensayo son únicamente del autor y no representan necesariamente los puntos de vista de los líderes del proyecto Fordham-Exeter, la conferencia en su totalidad o el Centro de Estudios Cristianos Ortodoxos.